



Bulletin de l'Institut français d'études andines

ISSN: 0303-7495

secretariat@ifea.org.pe

Institut Français d'Études Andines

Organismo Internacional

Rivera Martínez, Edgardo

País de Jauja o una utopía posible

Bulletin de l'Institut français d'études andines, vol. 28, núm. 2, 1999

Institut Français d'Études Andines

Lima, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12628207>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PAÍS DE JAUJA O UNA UTOPIA POSIBLE

Edgardo RIVERA MARTÍNEZ *

Siempre he pensado que la historia de la literatura no debe estar hecha tanto de autores como de obras, y que, por lo tanto, lo que importa es detenerse en ellas, ya sea en pos del placer de su lectura, ya sea en vías de su estudio. En concordancia con ese modo de pensar es mejor dejar que las obras hablen por sí mismas, pero en ciertas ocasiones puede resultar útil que los autores se manifiesten, y ésta es, sin duda, una de ellas, ya que se trata de un Encuentro que, apelando a un conocido título de un libro de Jorge Basadre, invita a reflexionar sobre el Perú como problema y posibilidad a partir de dos novelas de los años 90, una de Miguel Gutierrez, *La violencia del tiempo*, y otra mía, *País de Jauja*. En referencia todo ello, no hay que olvidarlo, a la temática de la primera parte de este certamen, esto es de la globalización en la hora presente.

Ahora bien, *País de Jauja* es una novela fundamentalmente lírica, cuyos temas principales son la iniciación y el descubrimiento, la celebración del amor, la felicidad y la vida, y además, la convergencia cultural. Ese carácter lírico hace más difícil aprehenderla, sin duda, pero aun así, y como toda obra novelesca, da cuenta, de una u otra manera, de su época, de su sociedad, de su cultura. Más aún, puede ser también un instrumento de elucidación y anticipación. En tal sentido, y en referencia siempre al tema general del Encuentro, puede ser útil detenernos en ese último tema, esto es el entrettejimiento integrador que, a nivel de una familia y de una sociedad provinciana, se da en *País de Jauja*, asignando a aquel término el significado de corrientes que, a manera de hilos, y sin que su identidad se pierda, componen una identidad nueva, como un tejido de color y textura diferentes. Un caso de disfrute enriquecedor de las tradiciones culturales que nos nutren, una que nos viene de nuestras raíces andinas, y otra de la cultura occidental y de la modernidad, y que muestra que ese entrettejimiento es posible, y con él realizable la utopía de una armónica relación intercultural. *País de Jauja* se inscribe así en la línea de una preocupación que se manifiesta ya en uno de mis primeros relatos, *El Unicornio*, que data de 1957, y en *Amaru* (1975), *Angel de Ocongate* (1982), *Enigma del árbol* (1986) y otros.

País de Jauja tiene como espacio aquel, tan singular, que era y aún es, en menor medida, mi ciudad natal. Por ello, y por otras razones, es una obra en gran parte autobiográfica, pero sólo en parte. En relación con esto debo mencionar que algunos lectores, tomando sin duda como elemento de comparación la novelística de Arguedas, me han dicho que una Jauja así no existe, no existió ni pudo existir. Desde luego que yo,

* Malecón Armendariz 211, dpto 41 - Lima 18.

como autor, tenía toda la libertad para inventar una Jauja a la medida de mis deseos, pero da la casualidad que la ciudad evocada corresponde, en gran medida, y en varios y diversos aspectos, a la que era hace ya tantos años.

Pero mi retorno a lo vivido, en pos de inspiración o materia, no ha implicado, ni lo hace ahora, un olvido de cuán trágica ha sido en general nuestra historia, y cuán inquietante es la hora actual. Tengo muy presente la recurrente violencia que se ha abatido sobre nosotros. Ahí están, para recordarlo, las matanzas de la conquista, la crueldad de la mita y las reducciones, la represión feroz que siguió a la derrota de Túpac Amaru. Y, en tiempos mucho más recientes, las masacres de los penales, Cayara, La Cantuta, los Barrios Altos, sin olvidar los terribles asesinatos selectivos realizados por la subversión armada. A lo cual se agrega, como sabemos, la gran violencia estructural que nos aflige, cuya expresión más reciente son los millones de niños condenados al retardo por falta de proteínas, los millones de jóvenes sin trabajo ni futuro, y los cientos de miles de ancianos condenados prácticamente a la miseria y el hambre, todo por causa y obra de un modelo económico que impone a los países subdesarrollados el nuevo orden capitalista mundial, con la complicidad de los gobiernos nacionales.

Así ha sido nuestra historia, y tal es como se ofrece el presente, y es inútil engañarnos. Pero no debemos permitir que la indignación nos ahogue. No debemos quedarnos en la lucha —justa y civilizada lucha— por una sociedad más justa. No renunciemos al presente y menos al futuro. Tengamos en mente la frase que escribió el pensador materialista ruso, Chernishevski, en el siglo pasado: “La búsqueda de la felicidad... es lo que hace en primer lugar más humano al hombre.” También debe haber lugar, pues, y en eso nos situamos en una vieja tradición andina, para la celebración de la solidaridad, la esperanza y la alegría. Y descubrimiento y alegría son notas que marcan, al menos a mi modo de ver, mi novela.

Me permito, ahora, ya que me he referido al componente autobiográfico de *País de Jauja*, hablar un poco de mi ciudad andina, donde pasé la mayor parte de mi infancia y adolescencia, ya que sus características, tan singulares, explican muchos rasgos de mi novela. Y hablar un poco de mi familia y mi trayectoria, no por inmodestia, ni por afán publicitario, sino por el objetivo interés que puede ofrecer una trayectoria personal que ratifica no sólo la posibilidad, sino la factibilidad —discúlpennme por esta palabra— de una convivencia como la que se muestra en mi obra. Y también, y ello es importante para mí, dejar constancia de ciertas deudas, y de una deuda mayor, en este sentido, con la vida.

Jauja fue, desde los tiempos de Tupac Yupanqui, un centro provincial de importancia en el imperio incaico, por el lugar que ocupaba en el señorío de los huancas, en el extremo norte de un valle muy amplio y hermoso. Y tanto, que en la época de la llegada de los españoles era ya, además de centro urbano, un lugar de acopio de bastimentos y tejidos. Cieza de León habla del “grande y hermoso valle de Jauja, que fue una de las principales cosas que hubo en el Perú”, y el Inca Garcilaso la califica de “hermosísima provincia...”. Por todo ello, y sin otro artificio que mudar dos de las letras de su nombre quechua que era Sausa, pasó a ser la mítica tierra de Jauja de las leyendas medievales, emparentada con la “terre de Cocagne” de los franceses, y la Cucagna de los italianos. Tierra maravillosa, donde nada faltaba y se disfrutaba de una luz y un frescor sin término. A ella alude, ciertamente, el título de mi novela.

Fue además, y es importante subrayarlo, una tierra en la cual, salvo pocas y muy relativas excepciones, no hubo más tarde el feudalismo que en Ayacucho, Cajamarca o Huancavelica. No es que no hubiera hacendados, pero éstos eran muy pocos, y sus propiedades se hallaban más bien en las zonas altas. Su poder e influencia eran, por ello, comparativamente mucho menores que en otros departamentos, e incluso había algunos, en la época de mi adolescencia, tan venidos a menos, que daban pena. Y es que Jauja fue más bien, a lo largo de la colonia y la república, ciudad de pequeños agricultores, de artesanos, de profesionales, y por ello mismo, de un nivel educativo y cultural comparativamente mayor que el de otras regiones de la sierra, y de mucho más cortas y atenuadas diferencias de clase.

Por todo ello, y por razones económicas de peso, Jauja no cuenta con una arquitectura monumental, como Huamanga o Cajamarca, o, en menor medida, Huancavelica. Su Iglesia Matriz es hermosa, pero ha sufrido y sufre las consecuencias de intentos modernizadores absolutamente condenables. No hay casas señoriales, ni campea la piedra en sus edificios. Es antes bien una ciudad de adobe y de tejas, con paredes otrora encaladas, y calles rectas. Prevalecen más bien, en su fisonomía, el aire claro y austero, la tranquilidad bucólica, la vista de los cerros lejanos. Pero en ello reside, precisamente, su poesía.

Por otro lado, a fines del siglo pasado Jauja era ya un centro de salud al cual acudían enfermos de tuberculosis de todo el Perú, y de no pocos países del extranjero. En Jauja curó su mal Manuel Pardo, quien fue después presidente de la República. Hizo lo mismo un miembro de la aristocrática familia de los Prado a comienzos de este siglo. Igualmente un erudito español, el padre Blanco, enviado por su orden, y que falleció en ella en 1903, y de cuya estancia da cuenta un curioso libro escrito por su acompañante, un agustino apellidado Monjas. El viajero francés Wiener hablaba a fines de la centuria anterior de la pequeña sociedad de gentes cultivadas que formaba esa gente. Más tarde, al término de la primera guerra mundial, hubo en Jauja sendas corridas de toros organizadas por las colonias francesa, italiana e inglesa. Colonias de gente que fue allá por razones de salud, y que se estableció allí, incursionando sobre todo en el comercio. A ese hecho se sumó la presencia en Santa Rosa de Ocopa, muy cerca, de religiosos españoles, y después, en Jauja, la de curas franceses que, movidos por razones semejantes, tomaron a su cargo la administración de la parroquia jaujina. Todo lo cual le confirió a mi ciudad, en el corazón de los Andes centrales, un toque de cosmopolitismo que no ahogó jamás su vivo sustrato andino. Por todo ello Jauja constituyó en nuestra patria algo así como lo que en física se llama una "singularidad". Pero una singularidad que a su modo era, por paradójica que parezca, representativa, mas no con respecto al pasado sino al futuro. Y fue así hasta avanzados los años 50, cuando la llegada de la estreptomicina, antibiótico eficaz para la cura de la tuberculosis, acarrió una pronta y casi completa interrupción de aquel flujo foráneo.

Pues bien, eso fue el medio en que vivieron mis antepasados maternos. Mi abuelo, de muy modestos orígenes, fundó junto con otros jovencitos un club, en los años de la ocupación chilena y del cierre de escuelas y colegios, para dar clases a los niños, cosa que fue posible precisamente por el nivel educativo promedio, superior ya entonces, al de otras provincias. Vino después a estudiar en San Marcos, y fue tan sobresaliente su

desempeño como estudiante, que recibió una distinción que se llamaba *contenta*, cosa rara en verdad tratándose de un serrano pobre y de una época de grandes prejuicios. Un medio hermano suyo, abogado igualmente, y que llegó a contar con mayores recursos, reunió una biblioteca que incluía numerosas obras literarias, muchas de ellas en francés, lengua que ambos hermanos conocieron. Y no sólo eso, sino que adquirió, entre otros, cuadros de Ignacio Merino, que se conservaron por largo tiempo en poder de la familia y que estaban a mi vista, en las tardes de mi infancia, en el cuarto en que jugaba, pero que posteriormente tuvimos que vender a los Wiese, pues no podíamos darnos semejantes lujos.

Por otro lado, en mi familia materna había una cierta tradición de culto a la música, de lo cual fue evidencia el viejo piano que aún conservo, y en el que distraigo mis melancolías. Afición alentada por un fraile de Ocopa, que fue maestro de música de mi madre, y, de modo indirecto, por el gran coro del convento que cantaba en las misas solemnes de mi ciudad natal. No es de extrañar, por todo ello, que mi progenitora llegase a tocar en el piano, en versiones aproximativas y modestas, pero plenas de disfrute, piezas accesibles de Mozart, de Beethoven y de Chopin, sus autores favoritos. Afición que me transmitió. Pero ese cultivo de la música occidental se acompañó siempre de un profundo amor por la nuestra. Mi madre, como la del protagonista en *País de Jauja*, se complacía en transcribir en notación musical la melodía de huaynos, mulizas, relojas y yaravies y yo la acompañé muchas veces en esa tarea, sencilla, por lo demás, dada la simplicidad de los aires andinos.

Por otra parte había en casa, por temporadas, muchachas de procedencia campesina que nos ayudaban en la vida doméstica, y con las cuales pasaba yo parte de las veladas junto al fogón, y que me contaban, felices de que las escuchase, cuentos y leyendas, en las que se alternaban amarus y pájaros maravillosos, imillas y condenados, zorros fatuos, gatos alevos y ese Juan Oso de hispánicos orígenes. Relatos a los cuales se sumaban, entre otros, los de mis primeras lecturas, que en su mayoría procedían del repertorio europeo, y, más tarde, del oriental, con las *Mil y una noches*. No es de sorprender, pues, que con el correr de los años, y con esa doble, entretejida y feliz experiencia, escribiese un cuento como *El Unicornio*, en que este animal legendario aparece un buen día en una aldea andina.

Mi familia, por otra parte, como muchas otras de Jauja en las décadas de los 40 y 50, y aún después, era propietaria de unas pocas parcelas, unas en zonas arboladas, y otra, la preferida por mí, en Ataura, a la vera de los ríos Mantaro y Yacus. Se cultivaban bajo la modalidad de "aparcería", sistema en que una parte pone la tierra y la otra la vigilancia y días de trabajo. Muchas veces colaboré en las labores campestres. ¿Cómo olvidar los días de abril y de mayo, en que ayudaba a desprender los choclos de las cañas, en Ninacanya, en las márgenes de la laguna de Paca? De rato en rato, me acuerdo, iba a mirar el agua en un sitio que se llamaba Puerto Plancha. Un agua acerada por tanta transparencia, quieta y como dormida en el misterio del medio día, al pie de las cumbres del Pusajhuajla. Y cómo no recordar, más aún, las tardes en la era de trigo en Ataura. Abajo corría el Mantaro, y al otro lado se alzaban cerros de una roca de color entre rosa y violado. Daban vueltas y vueltas los caballos de la trilla y nosotros, chicos y chicas, juntábamos la mies para que no se esparciera. Ronda triunfal que me hacía pensar,

cuando leí la *Ilíada*, en los corceles de Héctor y de Aquiles. Y después, al caer la noche, me juntaba con los operarios en la era a escuchar su parla, las consejas que narraban, y jugaba y charlaba con sus hijos. No faltaba alguien que tocara huaynos en la guitarra, e incluso, como en la casa de nuestro aparcero había muchachas, venían unos jóvenes y se bailaba sobre las parvas. Esos días me parecen hoy entre los más felices de mi existencia.

Fue muy importante, desde luego, el gusto por la lectura, que me inculcó mi hermano Miguel, fallecido hace tres años, y a quien le debo muchísimo. Por él leí, a temprana edad, no sólo la *Ilíada*, sino también a Poe, Verne, Valdelomar, Ciro Alegría y el Arguedas de los cuentos. A él le debo también una temprana iniciación en el francés, en un aprendizaje que continué con un curita bondadoso, creo que natural del valle del Loire, que no se cansaba de lanzar espesas bocanadas de su pipa mientras me hacía repetir unos versos de La Fontaine, en versión actualizada. Más tarde, ya en la secundaria, significó mucho para mí el trato con Pedro S. Monge, un profesor que, cosa excepcional, era un magnífico conocedor del Siglo de Oro castellano. Y la amistad con un joven costeño, Eberto Dávila, mayor que yo y marino de profesión, que por exigencias de salud se hallaba en Jauja, y que más tarde, repuesto ya, volvió a navegar por todos los mares, acompañado de su infaltable ejemplar de *Moby Dick*.

Viví así, en la mayor parte de mi infancia, y en mi adolescencia, a caballo entre dos mundos, en una experiencia singularísima, semejante a la de Claudio. Tuve además el privilegio de vivir en el seno de una familia que, a pesar de sus modestos ingresos, podía disfrutar y disfrutaba, en un clima de armonía y en la medida de sus posibilidades, de la cultura. Pero esos mundos no estaban para nosotros separados de modo infranqueable, y menos aún en conflicto, sino que de alguna manera había entre ellos diálogo, puentes, vasos comunicantes. Estaban, aunque fuera desigualmente, entretnejidos.

Hasta los catorce o quince años estuve convencido de que mi futuro estaba en la música, lo cual le sucede también a Claudio, el protagonista de la novela. Idea que se vio reforzada porque el párroco me permitió, después de unas pocas lecciones del sacristán y organista del templo, tocar en el armonio, y luego en el grande y maravilloso órgano del coro de la Iglesia Matriz, en ocasiones que no podré olvidar nunca, y que he evocado en mi librito *A la hora de la tarde y de los juegos*. Pero ése no era, evidentemente, mi camino, sino el de la literatura, de lo cual estuve ya muy consciente al acabar la secundaria.

Vine, pues, a Lima e ingresé a la Universidad de San Marcos para seguir estudios en la Facultad de Letras. En ella tuve la inmensa fortuna de toparme con un hombre en quien se juntaba una aguda inteligencia y una cultura pasmosa: Fernando Tola Mendoza. Hoy octogenario, es un hinduista de prestigio mundial, pero en aquellos tiempos se dedicaba a los estudios clásicos. Fui su alumno de griego y de literatura griega, y después su asistente. Gracias a su generosidad pude leer en el original fragmentos de la *Ilíada*, en experiencia memorable, que renovó entusiasmos anteriores, y que transmití al protagonista de mi novela, Claudio. Y leímos también juntos textos de Sófocles y de los líricos. Traduje con su ayuda fragmentos de Jenófanes de Colofón, y otros, enigmáticos y poéticos, de Heráclito. Gracias a él se confirmó mi intuición de la importancia de frecuentar no sólo a los escritores modernos, sino también a los clásicos de las diferentes

literaturas nacionales, y hacerlo, de ser posible, en sus textos originales. Pero Fernando Tola apoyaba también el estudio de la lengua y la literatura oral quechua. Son evidencias de ello los textos de clásicos quechuas que el Instituto de Filología, que él dirigía, publicó por entonces. Con todo lo cual me ratifiqué en mi convicción de la necesidad de ser leales a nuestras raíces y de abrirnos, al mismo tiempo, a otros horizontes.

Quisiera ahora referirme específicamente a mi novela. He hablado de su carácter lírico, en virtud del cual queda excluida, por definición, toda intención documental, o la de plantear una tesis. No es, asimismo, una novela etiológica. No he pretendido, tampoco, ofrecer, una imagen ficcionalizada pero exhaustiva de mi ciudad natal. *País de Jauja* no es tampoco, ni en sus propósitos ni en su espíritu, una novela regionalista, menos aún indigenista, en el sentido original del término, ni neoindigenista, si es que con esta designación se tiene en mente una suerte de versión modernizada del indigenismo clásico. Y no se vea, por favor, en estas precisiones el resultado de una minusvaloración de esas corrientes, sino simplemente constataciones de hecho.

Por ello, al construir su espacio, efectué con libertad un trabajo selectivo, en el sentido de dejar de lado ciertos aspectos, más bien secundarios, de la ciudad donde transcurre el acontecer, en beneficios de la temática, de la estructura y de la funcionalidad de las partes y del todo. Por ejemplo, no me he referido a las atenuadas tensiones de clase, ya de por sí mucho menores que en otras ciudades peruanas, por la composición social de la población. Han quedado al margen, también, por las mismas razones, notas que son parte de la realidad de toda ciudad de provincia, como la monotonía, los recelos, las inquinas, y, en una provincia peruana, los abusos de las autoridades. Tampoco ofrezco una imagen de las comunidades cercanas, que en esa época, y aún hoy, constituyen todo un ejemplo, ni de los campesinos, porque todo el acontecer transcurre en el ámbito urbano, y porque la gran mayoría de los personajes pertenecen a él. Lo cual no me impidió nunca, ni me impide ahora, profesar una gran admiración a la ancestral, renovada y ejemplar sabiduría que se encarna en aquéllas.

Por otra parte no estará demás recordar que la acción transcurre en 1947, a fines de la secular trayectoria de Jauja como ciudad de salud, y antes del cuartelazo de Odría. No había, huelga decirlo, televisión, y el radio, artefacto que ahora es tan barato, era por entonces casi un lujo. El teléfono era en mi pueblo primitivo, y la comunicación inmediata con Lima se efectuaba por ello en condiciones precarias. Había, en cambio, mucho más vida local, como atestigua la existencia de un diario. Y si bien estaba muy cerca el recuerdo de la segunda guerra mundial, con la globalización bélica que implicó, era inimaginable una mundialización como la presente, tan marcada por la informática. Se vivía por todo ello, de otro modo, en otro tiempo, con otro ritmo, y por ello mismo, en más de un sentido, de una manera más humana.

¿Hay en la presentación de la Jauja de mi novela una cierta idealización? Es posible, pero en función siempre de un humanismo que asigna al arte, además de sus funciones de expresión, de reto y de denuncia, la de disfrute y revelación, que sin caer en la mera evasión, compense de algún modo las frustraciones de la realidad, a la vez que muestre y señale otras vías de realización. Función tan legítima y necesaria como las otras, y a la cual he prestado, en *País de Jauja*, especial atención.

Debo tocar aquí la alusión a una utopía en el título de mi novela. No hay en ésta, por cierto, ninguna propuesta de un orden social y político determinado, ni una

construcción abstracta a la manera de las utopías europeas de los siglos XVI y XVII. No es tampoco más la utopía de la tierra de Jauja, tan celebrada en los romances, con su infantil y paradisíaca dimensión de país de la abundancia y de la holganza. Se alude a ella, claro está, pero lo que tuvimos en mente y tratamos de transmitir al lector, fue la utopía andina, en cuanto modo de vislumbrar y pensar el futuro en términos de una diáfana relación con uno mismo, con los demás, con la naturaleza, con la existencia. Una armonía que, traspuesta al plano simbólico, y en referencia al Perú en su conjunto, muestra no sólo lo que pudo ser, como señala Mirko Lauer, sino también lo que aún puede ser. ¿Hubo en ello el utopismo sobre el cual hablaba hace años Ignacio López Soria, en un libro medular? En mi opinión no.

Para terminar, y apartándome de mi novela, quiero exponer brevísimamente, a propósito de la temática general de este Encuentro, convicciones que seguramente muchos de ustedes comparten. Tengo la certidumbre, por lo pronto, que el modelo actual de la globalización, en la forma denunciada por Viviane Forester, en algún momento se ha de desplomar, por su lógica inhumana, generadora de una injusticia social y una exclusión cada vez mayores, susceptibles de hacer explotar las estructuras de los mismos países centrales. Un modelo que debe ser sustituido, porque es la negación de todos los valores que hacen del hombre un ser humano, y del derecho a una verdadera felicidad, que por supuesto no puede reducirse jamás a un desatado y egoísta consumismo. Y porque en el fondo es, además, contrario a las exigencias mismas de la supervivencia de nuestra especie.

Todos los pueblos tenemos que colaborar en la construcción de ese nuevo mundo. Es muy importante, en lo que concierne a los peruanos, volver los ojos para ello a nuestras raíces andinas, mas no en un afán arcaizante, sino en pos de una sabiduría que puede resultar particularmente inspiradora en la hora presente, en la medida en que se funda en una relación armoniosa con la naturaleza, en una articulación social basada en la solidaridad y el trabajo en alegría, y en la anteposición de la felicidad al poder y el lucro. En esa empresa nos corresponde a todos, y especialmente a los pueblos del tercer mundo, una participación fundamental.